

CAPÍTULO XXI

CAPÍTULO XXI

Las paredes mismas exhalaban voluptuosidad en el haren granadino. Hasta la diurna luz, bajada de las bóvedas, cernida por las celosías, rebotada en los alicatados, extendida como rayos y matices de luna por los pavimentos de mármol que llenaban mil objetos fabricados en metales diversos, y por los surtidores de perlas, salidos en columnas líquidas, argénteas, movibles á las estalactitas azules, y vueltos produciendo concéntricos círculos á las albercas de alabastro; hasta esa luz resplandeciente de los meridionales cielos, dulcificábase por modo extraño en aquellos camarines de la sensualidad, y diluyéndose como un tibio crepúsculo, al par que disminuía el claror con sus tintas y matices de mil reflejos, aumentaba con la sombra del misterio el número y vivacidad de las sensaciones, cuya eficacia concluía por producir una especie de material éxtasis en el alma casi

adormecida ó debilitada por la voluptuosa languidez de los sentidos. Los cojines de seda en varias direcciones diseminados parecen lechos; pues más sirven que para tenderse para muellemente acostarse. Las mesillas incrustadas, cuáles en azulados nácares, cuáles en preciosas perlas, soportan redomas y vasos de oro dispuestos y apercibidos allí á contener y escanciar bebidas y filtros de los que dan sueño y con el sueño ensueños. El amuleto de ámbar pendiente á un rosario de corales y opuesto por la musulmana devoción á los maleficios del espíritu rebelde condenado á eternas llamas por Alah, cuelga de las cinceladas llaves que cierran los almaríos y alhacenas de negro ébano recamado de plata y de marfil. Aquí se ve un pergamino cuyas letras iniciales de mil dibujos y cuyas letras ordinarias de oro puro contienen suras del Koran y versos de poetas célebres; mientras allí laudes y guzlas de vibrantes cuerdas junto á pebeteros henchidos de orientales esencias que se difunden por la cabeza y sugieren tentadoras visiones á los ojos, vibración de besos á los labios, el calor de los placeres á toda la sangre.

En esta oriental decoración destacábanse los personajes siguientes, que tan gran papel representan á una en los anales de nuestra patria historia y en estos otros anales de la historia particular que nosotros estamos escribiendo. Véase á un lado, absorta en leer piadosos libros de sus teólogos, versos de sus poetas, narraciones de sus historiadores, á la varonil Aixá, cuyo rostro durísimo y de

facciones grandes, concordaba con la sencillez y severidad primitiva de su traje tosco y humilde, como un contraste artístico y un perfil de sombra calculadamente puestos allí entre las innumerables y deslumbradoras riquezas. No lejos de Aixá, tendido perezosamente sobre lecho de púrpura, veíase la elegante y apuesta figura del joven Boabdil, vestido con toda la riqueza propia de quien se cree desde la cuna llamado á regir poderosa monarquía. Parece que las razas árabes, al despedirse de nuestra España, se han empeñado en juntarse con todos sus rasgos y con todos sus caracteres naturales sobre aquella figura destinada, como la figura de Augústulo, á rematar y concluir el fin y término de un vastísimo imperio. Grande su prestancia, elegante su apostura, el rostro atractivo por ovalado y hasta por seco, las manos y los piés de proporciones verdaderamente femeninas, nervudos y fuertes los brazos, largas y bien proporcionadas las piernas, los hombros anchos y la cintura estrecha, largo el cuello, sedosa y oscurísima la barba, largas las pestañas, de morado color las ojeras, cetrina y amarillenta la piel, encendidos los labios, blancos los dientes, negros los ojos, profundo el mirar, las cejas arqueadas, la frente ancha, Boabdil podía presentarse como el acabado perfecto tipo de su gente y de su raza en el humano linaje. Para completarlo, tenía junto á sí á la bella Moraima, la sultana favorita, ó mejor dicho, la esposa idolatrada, la hija de Aliatar, á quien tenía su corazón

unido como la yema primaveral se une á la rama del árbol. Moraima comenzaba en su juventud á sentirse aquejada de la especie de gordura que la inercia da naturalmente á las mujeres orientales encerradas en los serrallos y tendidas en los cojines, y que tanto atractivo sensual suele prestarles y que tanta espiritualidad y hasta tanta hermosura material y efectiva suele también robarles. Pero, aparte, y prescindiendo por completo de tal achaque muy disminuido por ser solo incipiente, Moraima mostraba en su persona cuantas ventajas ha dado el cielo á la hermosura oriental. Nada tan proporcionado como su cuerpo envuelto en sedas y gasas; nada tan turgente como su pecho adornado de rica pedrería; nada tan escultórico, á pesar de breve y menudo, como su pie calzado con babuchas de perlas; nada tan seductor como el coloreo de sus morenas mejillas y el brillo de sus ojos árabes; nada tan esférico, cual aquella cabeza ceñida con el rico turbante reservado á las sultanas andaluzas. Si añadís á esto las sonrisas sensuales y las miradas ardientes y la respiración perfumada y los movimientos atractivos y la voz melodiosa y las palabras amorosísimas, tendréis bien pronto averiguado el secreto de la seducción constante, ó sea, del dominio absoluto por Moraima ejercido sobre Boabdil, su monarca y su esposo. Allá, lejos de las reales personas, en el ángulo contrario y opuesto de la estancia, veíanse varias siervas, ocupadas en labores propias de su sexo para ornato y encan-

tamiento de aquel soñado alcázar. Habíalas de la Esclavonia, de la Circasia, de la Nubia, de la Grecia; blancas y rubias, negras como el azabache, morenas de tinte asiático y helénico, todas acabadas y perfectas. En sus aptitudes varias, revelaban sus complexiones y sus almas diversas. Todas, como hemos dicho, trabajaban, cual si fueran una especie de coro, en labores propias de su sexo; todas, menos una que leía y releía libros y libros castellanos. Inútil decir que se llamaba ésta en el mundo católico Isabel de Solís y en el serrallo musulmán la sierva Zoraya ó sea el vespertino lucero.

Por la designación de los personajes veráse con facilidad el pensamiento que á cada cual embargaba en tal hora. La Sultana, esposa de Hacem, leía y releía, como el médico, embargado por la enfermedad desesperada de un cliente, lee y relea los libros de medicina en busca de un consejo y de un remedio. Para la viril Aixá, no tenía la vida más objeto que salvar á Granada por medio de su hijo, sustituyéndolo, aunque fuese por triste rebeldía, y en vida, pronto, muy pronto, al fermentado padre, el desleal esposo. Boabdil, por su parte, solo pensaba en soñar, en vivir, en querer, tendiéndose perezoso é inerte sobre su lecho de púrpura, mirándose con los ojos suyos, animados por los fulgores del desierto, en los ojos de Moraima, enardecidos por las revelaciones de amor, y respirando con todos sus pulmones y absorbiendo por todos sus po-

ros aquella sensual atmósfera henchida de cantares amorosos, de sonos voluptuosísimos, de ayes tiernos, de aromas embriagadores, compuesta por las esencias de las flores colocadas en los orientales jarros, por las bocanadas de azahar y de rosa despedidas de cármenes vecinos, por los perfumes evaporados de los áureos pebeteros, por las notas escapadas de las pajareras y de las guzlas, por los suspiros exhalados de aquellos pechos, verdaderos volcanes donde ardía en llamas voraces el amor, por aquellos pechos de odaliscas y sultanas, comparables tan solo á las huríes del Paraíso. Los demás personajes de la escena correspondían también á su actitud. Moraima no hacía más que mirar á su Boabdil, é Isabel de Solís, ó sea Zoraya, por cuyo nombre debemos desde ahora conocerla, no hacía más que leer y releer los libros históricos y religiosos recordatarios de la patria y de la Iglesia de sus padres, con las cuales á todas horas soñaba la cristiana cautiva.

Aixá estaba metida, no obstante su tierno sexo, en las más profundas y abstractas disquisiciones de la teología musulmana.

—La fe y el islamismo— exclamaba, leyendo los viejos rótulos de su volumen sacro—son una misma cosa.

—Madre, no descansas un punto.—Le dijo Boabdil, después de haberle oído repetir cien veces aquella misma frase.—No descansas un punto y yo temo que tu alma se fatigue y tu cuerpo se gas-

te, cosa tristísima para tus hijos que te amamos tanto y para tu pueblo que tanto ha menester de tu dirección y de tu consejo.

—Sí, ¡oh sultana!—dijo Moraima—Boabdil tiene razón sobrada en reconvenirte por tu exceso de trabajo. Acuérdate un poco más de tus hijos y un poco menos de tus vasallos. Esos graves pensamientos de religión deben pesar con gravísima pesadumbre sobre tu erguida y poderosa cabeza.

—Creedlo—dijo Aixá—los reinos antiguos hoy se pierden á una en manos de nuestras estirpes y de nuestras razas, porque les falta la fe. Nadie se acuerda de que la verdadera religión consiste, no en confesar con la boca todo lo que Mahoma, Dios lo prospere, nos ha comunicado de parte del cielo, sino en creerlo de corazón y practicarlo en la vida. Basta para salvarnos creer en los artículos de la fe; mas para creerlos y adorarlos precisa reconocerlos. A quien desconoce la fe le basta con decir lo que dicen y con hacer lo que hacen los verdaderos creyentes. Aquel que ha cometido grandes crímenes puede salvarse, con tal de que confiese y diga en alta voz antes, cómo aquellos crímenes feroces ni eran buenos de suyo, ni estaban permitidos por la fe. Dios no impone jamás á sus criaturas obligaciones que estas no puedan cumplir. Si le preguntan á un musulmán si es creyente, debe responder que sí es creyente. Mas en preguntándole si cree que morirá en su fe, debe decir: Dios lo sabe; porque no está en aptitud de conocer y de

saber lo porvenir, cuyos secretos se hallan reservados á Dios mismo. Más fácilmente perdonará Dios un homicidio que la infidelidad ó el politeísmo. No digáis de ningún mortal que ha ido al Paraíso, porque si podemos asegurar esto de Abu-Beker, de Omar y de Ali, no podemos asegurarlo de los demás mortales. Pero tampoco digáis de tal ó cual que ha muerto en la infidelidad ó que se ha ido al infierno, pues si sabemos que se hallan en el infierno Satanás por haberse rebelado contra Dios, Abu-Laab por haber desconocido á su pariente Mahoma y haberlo condenado el Profeta en su Koran, capítulo III, Abu-Gehel por haber sido encarnizado perseguidor de nuestra fe, no sabemos nada de los demás mortales, pero absolutamente nada. Tal razón debe movernos á rogar por todos los muertos, buenos y malos, y después de haber orado por los muertos, debemos inclinarse á los vivos á que hagan limosnas y á que lean el Koran.

Mientras Aixá decía todos estos dogmas y todos estos principios musulmicos, Zoraya, en el mismo serrallo de los infieles, murmuraba estas palabras:

— Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados; bienaventurados los que han sed y hambre de justicia, porque ellos serán satisfechos y hartos. Amar á los que os aman, ¡ah! no basta, porque eso también lo hacen los paganos; amad á los que os aborrecen; interceded con el cielo por los que os persiguen y os calumnian; buscad el reino

de Dios y su justicia, que lo demás se os dará por añadidura. No curéis de lo que hayáis de comer ni de lo que hayáis de vestir. Las aves del cielo ni siembran ni cosechan, y Dios las mantiene allá en los aires; los lirios del valle ni hilan ni tejen, y Salomón jamás ha llevado vestidura tan espléndida ni manto tan rico en su trono como aquellos pétalos, ni corona como su corona de rocío. Sed, pues, perfectos, como es perfecto nuestro Padre que está en los cielos.

Estos apotegmas del Sermón de la Montaña, dichos allí en los camarines orientales, bajo las estalactitas de aquel templo de la sensualidad, entre los aromas despedidos por el humeante pebetero y las notas soltadas de las vibradoras guzlas al compás de frases koránicas, y bajo las leyendas árabes en cintas de oro y plata grabadas con caracteres cúficos por los aéreos camarines, como que purificaban á un mismo tiempo el aire de aquellas estancias sobradamente recargado de perfumes, y el espíritu de aquellos fieles sobradamente recargado de supersticiosas creencias. ¡Ah! Si la pobre Sultana, resuelta por amor de madre tierna y por imposición de su nervioso temperamento á salvar la perturbadísima Granada, ora por la fuerza de sus armas, ora por los conjuros de su religión, hubiera podido advertir cómo pintores cristianos habían llegado á poner figuras profanas en las paredes mismas de su Alhambra, cómo trovadores cristianos á cantar trovas y romances encomiásticos de su fe católica

y de su patria española bajo aquellas bóvedas espléndidas; cómo cautivas cristianas á leer y á murmurar allí el Evangelio de Cristo, cual entonces lo leía y lo murmuraba Isabel de Solís convertida en Zoraya por su nombre y apellido, mas no convertida por su fe al Islam, quizás hubiera comprendido qué de prisa venían las creencias cristianas á oscurecer las creencias koránicas, sin que nadie pudiera en el mundo remediar ya con sus medios y con sus esfuerzos individuales tamaña fatalidad que había decretado por irremisible modo la Providencia, llamada en su lenguaje musulmán el hado y el destino. Sin embargo, no pecaba de tan lerda la fuerte Aixá que no viera en algunos hechos profundamente instructivos los síntomas reveladores de la decadencia musulmana. Y así, contestando á la observación que le dirigía Boabdil, y que le corroboraba Moraima, expresábase de esta suerte, meneando con profundísima y siniestra melancolía su pensadora y grave cabeza.

—¡Ah! Me decís que pienso demasiado en esta nuestra religión.

—Te decimos, — exclamó Boabdil, — que piensas demasiado en todo.

—Y esto de pensar demasiado en todo, como dice Boabdil, — añadió Moraima, — puede, quebrantando tu salud, abreviar tus días y traernos á mal traer ¡ay! á todos los que te queremos y te reverenciamos.

—¡Oh! Vosotros no veis los presagios que yo veo

en el cielo; vosotros no advertís los presentimientos que yo advierto en mi corazón.

—¿Qué ves? — preguntó Boabdil.

—¿Qué adviertes? — añadió Moraima, la cual hablaba siempre unísonamente con su real esposo.

—Pues yo veo, yo advierto cosas horribles.

—Di, — exclamó Boabdil por decir algo, pues á él solamente le absorbía una idea, la contemplación del rostro de su esposa.

—Habla pronto, — añadió Moraima tan sólo por decir lo mismo que había dicho Boabdil, pues á ella no le importaban gran cosa ni la religión, ni la política, ni la ciencia, con tal que la dejasen mirarse recreándose ufana en los ojos de su marido.

—¿No sabéis lo que ha pasado ayer mismo en vuestro alcázar?

—No, — dijeron á un tiempo Moraima y Boabdil.

—Pues ayer vuestro padre ha mandado arrojar su esclavo nubio predilecto á las fieras.

—¿Y se ha cumplido el mandato? — preguntaron á una, componiendo su duo sabido y usual ambos príncipes.

—¡Pues nó! Ya sabéis cómo vuestro padre las gasta.

—¡Qué horror! — dijeron á una Moraima y Boabdil.

—Preguntádselo á Zoraya, que me vestía cuando la horrible tragedia se representaba en los fosos mismos del haren.

—Zoraya, —dijo Boabdil alzando la voz para que su sierva le oyese.

—Zoraya, —dijo Moraima, para ser siempre un eco de la palabra de su esposo.

—Señor, señora, —murmuró Isabel de Solís, dirigiéndose humilde al sitio donde se hallaban los sultanes, y al llegar, hincándose de hinojos, sin que por eso apareciese prosternada su alma ni humillado su mirar.

—Cuenta, —dijole Aixá, lo que ayer viste.

—No vi nada, —exclamó Isabel; —oí, pero me bastó con oír.

—Cuenta lo que oíste.

—Oí unos lamentos horrorosos, lamentos humanos, y unos rugidos de tigres, pero tan fuertes que hacían como bambolear el suelo bajo mis plantas, y tan terribles que ponían de punta el cabello sobre mi cabeza. Quiso la Sultana saber la causa del estruendo y llamamos al eunuco de guardia. ¡Cuál no sería nuestro terror al oír que Hacem había mandado arrojar su esclavo nubio como pasto á las fieras!

Boabdil alzó los hombros con oriental indiferencia, y sólo Moraima dijo entonces:

—¡Horror!

—¡Horror! —exclamó Zoraya; —tienes razón, Sultana; horror verdadero. El mío fué tan grande, que caí como muerta en la entrada de la estancia; tanto, que creyó vuestra soberana madre no poder volverme á la vida.

—¡Y todo para qué! Para entregarle su confianza y quizás su sello regio á un renegado.

Al oír la palabra renegado se demudó el semblante de Zoraya. Vaciló su cuerpo como si un rayo lo sacudiera, y dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Ese renegado será, sin duda, el célebre Venegas, —dijo Boabdil.

—¡Venegas! —añadió Moraima.

—En verdad, en verdad, —exclamó Aixá, —los renegados resultan de suyo siempre tan sospechosos á los correligionarios que dejan como á los correligionarios que adquieren.

Al oír esta sentencia justísima de Aixá, Zoraya, que no se había movido del suelo, donde se hallaba como hemos dicho de hinojos, lanzó de su pecho adolorado otro terrible suspiro.

—Tienes razón, madre mía. Que Alah nos guarde por toda una eternidad en su gracia y nos preserve de contarnos entre los malditos apóstatas.

—¡Virgen Madre! —allá para sus adentros dijo mudamente Zoraya, plegadas las manos sobre su pecho y elevando los ojos á las alturas; —¡Virgen Madre! Guárdame también tú en la única gracia que hay verdaderamente celestial, y en la única fe que hay verdaderamente revelada, en la gracia y en la fe de tu Hijo nuestro Dios y Señor, nuestro Jesús.

—¡Los renegados! ¡Oh! —continuó Aixá.

—Son verdaderamente aborrecibles, —añadió Boabdil.

—¡Aborrecibles!—repitió Moraima, contemplando al pronunciar esta palabra de odio con más amor aún á su querido esposo.

—Quedan,—dijo Aixá, que la echaba de sabia y erudita,—paralelas tradiciones entre nuestros dos pueblos, el fiel y el cristiano, demostrativas del odio que los renegados engendran, así allende como aquende, nuestras respectivas fronteras, do quier hay almas piadosas y adheridas á la religión de sus padres.

—¡Librame, Dios mío, del pecado!—continuaba diciendo Zoraya para sí en aquella muda oración, que no pasaba de su mente á sus labios;—librame del pecado y de caer en el desconocimiento de tu doctrina y en el triste olvido de tu nombre. Antes que renegar quiero morir. Pero no, jamás renegaré, aunque todas las tentaciones del mundo me provoquen á este crimen, y aun cuando se me ofreciera por los enemigos de tu fe la misma corona de Granada.

Estas plegarias, dichas mentalmente, y no por calladas y ocultas menos sinceras y menos dirigidas á Dios, que no há menester de la palabra para oír las ideas y escudriñar las conciencias, estas plegarias ó eran hijas del recelo que toda piadosa naturaleza tiene al engaño, cuando se halla entre jurados enemigos de su piedad, ó presentimientos certeros de los que sus sensibles nervios y sus intuiciones proféticas inspiran á las mujeres un tanto agoreras como las aves. Mientras Isabel de Solís,

ó sea Zoraya, decía todo esto mentalmente, continuaba la implacable Aixá con alardes varios de verdadera erudición hablando de los renegados. Y precisa decir, antes de copiar estas palabras, para mejor explicación de todo cuanto ha pasado, pasa y pasará en esta historia que vamos refiriendo, precisa decir cómo Isabel, aunque aceptara con resignación el nombre de Zoraya, y respondiera siempre al oírlo, no había renegado en modo alguno de su creencia y de su fe; antes, por el contrario, las practicaba en todo cuanto podía dentro de su camarín, compensando la falta de misa y de los demás sacramentos con lecturas de los libros cristianos que Aixá tenía en su biblioteca digna de aquella grande amiga de las letras, y con oraciones que volaban al cielo como nacidas de una fe profundísima y marcadas con el sello indeleble de una verdadera y profunda sinceridad. Por consiguiente, las palabras de Aixá dirigíanse, no á la pobre Zoraya, cuyo nombre sólo por las mientes le pasaba cuando había menester de ella, sino al nuevo privado de su esposo, mejor dicho, á su esposo en persona, contra quien maquinaba de antiguo toda suerte de maquinaciones palaciegas con esas artes pérfidas muy cultivadas en los misterios del serrallo. Y seguía diciendo:

—Sí; el odio de los moros y el odio de los cristianos, persiguen con implacables persecuciones á todos los renegados. Ya sabéis la falsa leyenda de Teresa, que, si bien destituida de verdad, como to-



das las leyendas, manifiesta claramente las ideas de los pueblos creídos y pagados de ella como de cosa indudable y evidente. Cuentan los católicos que Alfonso V de Castilla, muy apenado por grandes contrariedades, y muy deseoso de contraer amistad con algunos reyes árabes, mandó en casamiento su hermana Teresa nada menos que al emir ó monarca de Toledo. La infeliz resistió cuanto pudo á este increíble mandato de su hermano y señor; pero como los castellanos dicen que allá van leyes donde quieren reyes, no tuvo más remedio sino cumplir lo por autoridad superior dispuesto é irse de un monasterio católico, por ella tomado como un cielo, á una corte musulmana, creída por ella un verdadero infierno.

Zoraya oía sin pestañear el relato de Aixá, cuyo interés aumentaba en su ánimo, asaltado, no sabemos por qué, de misteriosos presentimientos.

—Llegada la infeliz, cuyos retratos pueden verse todavía hoy en los cartularios de Compostela, donde la presentan vestida de monja y ornada, sin embargo, de corona y de cetro, llegada, iba diciéndolo, á Toledo, no quiso entrar en las alcobas donde su lecho de matrimonio la esperaba, y dijo que jamás yacería, ella católica, con un príncipe pagano. Acostáronla por fuerza y profirió tales maldiciones contra el marido en la cama nupcial, que bajó Azrael, ó sea el ángel de la muerte, y convirtió aquel sitio, que había creído él de verdadera delicia, en su eterno sepulcro.

—¡Oh!—dijo Boabdil—leyenda, leyenda.

—Sí, leyenda—repitió Moraima, que solo veía por los ojos y solo hablaba por los labios de su regio marido.

—Sí, leyenda; pero todas estas leyendas nacen de algo verdadero, y la verdad aquí es que una Teresa, hija indudablemente de Bermudo II y hermana por ende á su vez del rey D. Alfonso V, se casó nada menos que con nuestro grandioso Almanzor.

—¿De veras?—preguntaron Boabdil y Moraima.

—De veras—contestó Aixá.

—Sigue, sigue, que nos interesa la historia—dijo Boabdil á su madre.

—Mucho, mucho—añadió Moraima, completando como siempre los decires de su esposo.

—Sí; la contaré, pues veréis por ella cuán funestos resultan los perros renegados á los imperios musulmanes. Almanzor no se casó únicamente con Teresa, la hija de Bermudo; se casó también con Sancha, hija de un conde castellano. Y en esta esposa tuvo á su segundo hijo Abderramán, llamado Sanchol por irrisión y burla entre los nuestros.

—Sanchol—dijo Boabdil—¡qué apodo tan feo!

—Feísimo—añadió Moraima.

—Y funesto al imperio de los fieles—dijo Aixá.

—Sigue—añadió Boabdil impaciente.

—Sigue—dijo Moraima también á su vez impacientísima.

—Dos hijos de Almanzor llegaron al Gobierno.

—Es verdad—observó Boabdil.

—Uno—continuó Aixá—llamado Modhaffar y otro llamado Abderramán. Modhaffar lo hubo en musulmana y Abderramán en católica. Pues bien; el primero, el musulmán de sangre, gobernó sin género alguno de inconvenientes; pero el segundo, el Sanchol, oyó las maldiciones de la poesía y de la historia. El poeta inmortal de aquellos tiempos maldijo á Hixem II, ó sea el último de los omniadas, por haber querido nombrar heredero suyo aquel descendiente de cristianos. Aunque Almanzor lo circuncidó á la edad prevenida por nuestras costumbres, no le prestó la circuncisión musulmana, en el universal sentir de los fieles, aquello que no le habían dado por su parte la naturaleza y la sangre. De consiguiente, su ascendencia le atrajo á Sanchol todo género de feroces enemistades y estas feroces enemistades trajeron sobre aquel espirante imperio de los omniadas todo género de guerras. Ya véis como puede un renegado, el hijo, por lo menos, de una renegada, concluir con Imperios tan maravillosos y tan fuertes como el califato de Córdoba.

Cuando esta palabra salió de los labios de Aixá, un suspiro salió de los labios de Zoraya, en cuyo interior vagaba la siguiente oración:

—Virgen Madre, apiádate de mí. Que mi cautiverio me sirva de mérito para despertar después de mi muerte allá en el cielo. Interpón tus intercesiones entre la mísera criatura que te habla y su divi-

no Criador. Pídele, pues, y ruégale, como yo á ti lo pido y ruego, que las asechanzas á cada paso asestadas contra la pureza y la fe de una doncella cristiana en esta corte de infieles, no puedan prevalecer jamás. Salga yo, Madre mía, del infierno donde me han arrastrado quizá mis culpas, purificada de toda mancha, indemne de todo castigo y digna de brillar como una estrella entre los coros de tus ángeles y sobre las cimas de tu gloria.

—Almanzor—decía continuando en su relato Aixá,—mientras rezaba Zoraya en sus adentros, Almanzor fué la gloria de nuestra raza. Emprendió y remató setenta campañas por igual victoriosas; conquistó y sometió cien provincias por igual humilladas á su alfanje; arrancó los abrojos de la impiedad á innumerables corazones convertidos á la fe; ahuyentó, como en tiempos de Muza y de Tarich, los reyecillos cristianos á sus cavernas pirenaicas; trajo las campanas de Compostela en hombros de cautivos á nuestras santísimas Aljamas y las hizo lámparas de nuestro mirab; segó y amontonó como hierbas de las eras troncos y cabezas de infieles en sus triunfales caminos; impuso contribuciones y llamó tributarios á mil pueblos; rompió en mil pedazos la cruz, y no pudo apartar de la frente de su hijo, por ser también hijo de una renegada, las maldiciones del justísimo Alah y del profeta Mahoma.

—Verdad—exclamó Boabdil.

—Verdad—dijo Moraima.

—Y ahora un Venegas— exclamó Aixá;— un español sin patria; un cristiano sin iglesia; traidor á los suyos; enemigo de los nuestros por haberse desertado del bautismo y haber sufrido la circuncisión; nieto de cien caudillos que han assolado nuestras campiñas y puesto las cabezas de nuestros padres en los adarves de sus torres; un perro cristiano, más débil que esa pobre sierva, y señaló á Zoraya, priva, triunfa, reina, sustituyendo su capricho á la corona que solo puede pertenecer al Sultán Hacem y á su hijo Boabdil reemplazados á la vista de todos, por un usurpador taimadísimo y adversario jurado, aunque otra cosa diga y proclame, adversario jurado de nuestra religión y de nuestro imperio.

—¿Qué quieres hacerle?— preguntó Boabdil.

—¿Qué quieres hacerle?— preguntó Moraima también.

—Todo, menos resignarse. No me hables de resignación jamás. No digas cosa de la cual pueda yo inferir que te conformas con tu suerte y que dejas de grado el reino á tu padre, para que tu padre lo entregue á los caprichos de un cristiano. Si no hay otro brazo que mantenga erguido el glorioso alfanje de los nazaritas, lo mantendrá este brazo siquier pertenezca ¡desdichada de mí! al tronco de una débil mujer. Si no hay otro caudillo que subleve á las gentes de Granada y las lance contra la pereza de Hacem que puede perder este paraíso, yo seré, yo sola ese caudillo. Yo iré á la playa, tomaré un

esquife, y pasando por delante de aquella Tarifa, donde nuestros padres desembarcaron para rendir toda España, llegaré hasta las tierras del Mágreb y con mi aliento de fuego, más asolador que el mismo simoun, levantaré los arenales del África para lanzarlos como una tromba encendida sobre la corona de los castellanos, que ya se ha derretido mil veces al calor de tales brasas. Todo, Boabdil, todo, hasta la muerte misma, la muerte dada por manos de tu madre, todo menos mirarte ahí acostado en tu lecho, lánguido como el pétalo de una rosa, ebrio de suspiros voluptuosos, arrullado por las auras aromadas de azahares, soñando con la sultana y con la guzla, en medio de las tristes agonías de los tuyos, y en el minuto mismo en que todo cuanto nos rodea pide lanzas, alfanjes, arcabuces, cañones, combates, guerras, desolaciones, sangre, muerte, cuantos sacrificios sean por Dios impuestos para preservar á esta ciudad querida y bienhadada de todos cuantos peligros amagan su cabeza y amenazan desplomarla en el polvo. Te quiero, Boabdil, digno de tu madre, y por tanto resuelto á morir mil veces, antes que á resignarte, como si no tuvieras voluntad, á las legiones cristianas, dirigidas todas á una contra nuestro imperio.